

Parte segunda

EL MAYORAJO.

En la casa del tío Antón.

I.

Santa, Dolores, José y un Huertano.

(Es al otro día, de parte de mañana. Por la puerta de la casa, abierta de par en par, se vé el espléndido paisaje de la huerta, inundado de luz... Puesta á la lumbre del hogar sobre unas trévedes, humea una olla...)

Santa, muy abatida y llorosa, está sentada en el poyo; Dolores, de pié á su lado y echándole el brazo por encima, la consuela y le dá ánimos. Dolores lleva pañuelo á lo curra y está enharinada como en día de amasijo.

José, con un tablacho debajo del brazo y un legón al hombro, casi vuelto de es-

paldas, habla desde la puerta de la casa con un huertano que pasa por allí.)

HUERTANO :

(Desde fuera y en voz alta.)—José, pácece que has tomao la tempranera.

JOSE

(Desalentado, taciturno.)—De poco me ha servío.

HUERTANO

—¿Es que no has regao?

JOSE

—Sí; pero con mil apuros. Ha pasao lo de siempre: se le ha ocurrió regar al alcalde del partío, y me ha dejao sin agua.

HUERTANO

—¿Y qué vas á hacer? Si rechistas, peor!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, N.

JOSE

— Ya lo sé. (*Penetra en la casa apocada, triste; advierte la presencia de Santa y Dolores, pero finge no verlas; desaharra por la puerta del corral, yendo á dejar el tablacho y el legón.*)

II.

Santa y Dolores.

DOLORES

— Es menester que tengas conocimiento y que no te desesperes. Le dices sí ó no; lo que más te convenga.

SANTA

— Lo que más me convenga! (*Moviendo la cabeza tristemente.*)

DOLORES

— Sí; porque con tanto espera y espera, se puede dar lugar á que el Mayo-

rajo se incomode y tenga que ver con José... y si llegaran á tropezarse, Dios sabe lo que vendría! Tén por entendido que la cosa no anda muy bien. Esta mañana, en la cequia, he sentido decir que anoche en la Arboleja, y después de que se fuera de aquí, volvieron loco al Mayorajo, con tanto decirle y decirle. Cómo lo pondrían, que dicen que estuvo á punto de volver aquí y aporracear la puerta, pa que, sin más ardoeos, le dieras el sí ó el no. Gracias que hubo quien se lo quitó de la cabeza... aunque no se sabe si el remedio ha sólo peor que la enfermedadá.

SANTA

(*De un modo sombrío.*)— Por qué?

DOLORES

— Porque páece que lo han visto esta mañana muy risueño... Con esa risica intencioná y falsa del que maquina algo malo.

SANTA

—Algo malo! Qué más malo que su empeño de quererme?!

DOLORES

—Han contao, que le ha dicho una moza: «Andrés, páece mentira! Te va á ganar la novia, na menos que José: el más pobretón de toa lo huerta.»

SANTA

—¡Que no fuera cierto!...

DOLORES

—Y dicen que ha dicho él, sin dejar la risica: «Conque José... ¡qué ganas te neis de enreo! De toas maneras, de hoy no pasa sin que yo sepa lo que hay de verdá en tó lo que dice la gente.»

SANTA

—¡¿Hoy mesmo?!

DOLORES

—Sí; ha dicho que, de camino que iba

á recoger algo de lo mucho que le deben en la huerta, pasaría por aquí á ver qué le decías.

SANTA

—Pero, Dios mío ¿qué voy á decirle? Si le respondo al Mayorajo que no, pierdo á mis padres... si le digo que sí, pierdo á José... Y no quiero ser la perdición de mis padres... pero no quiero quearme sin José... No quiero quearme sin él, Dolores, porque, pa más desesperación mía, no se me vá la esperanza de su cariño. Sí, me muero por él y me consuelo pensando que él también se muere por mí. Que se muere por mí!.. que padece como yo padesco!.. ¡Ya ves hasta ande llega el querer! Gozo con sus penas; con sus penas, que me páece que son tan grandes como las mías, pero que las disimula y se recome y se aguanta. Toa su idea, es que mis padres no tengan una mala vejés... y me recelo que por conseguirlo, sacrifica toas sus ilusiones. ¡Si no puede ser que no me

quiera, Dios mío! Con su boca tenía que decírmelo, y no me lo creería! Y que sí ó que no, con su boca ha de decirme, pa que antes que venga el Mayorajo, sepa yo lo que le he de responder. Él, el mesmo José, hoy me ha de sentenciar pa vida ó muerte! ¡Si me quiere, pa él na más!... Si no me quiere... (*con desesperación*) si me dice que no... pal Mayorajo! pa la sepultura! tó es lo mesmo!

DOLORES

—¿Pero no hablastes con él anoche?

SANTA

—Sí que hablé... pero como si no hubiera hablao.

DOLORES

—Pues qué te dijo?

SANTA

—Muchas cosas buenas que me hicieron el mesmo daño que si fueran malas: que mis padres son antes que tó!

que mi casamiento con el Mayorajo es la vida de ellos!... su salvación!... Y yo digo que su salvación y su vida... pero que también mi condenación y mi muerte!

DOLORES

— ¡Tó sea por Dios!

SANTA

—Sí, eso me dijo... y yo, por contra, le dige tó mi sentir. ¡Tó lo que llevo aquí dentro que me abrasa las entrañas! (*Tocándose el pecho.*) ¡Tó lo que me rebulle en la cabeza, volviéndome loca! (*Pausa.*) Mira si llegué á decirle, que pasé por encima de mi recato y, por ver si se blandeaba, hasta le dige que lo quería!

DOLORES

—¿Tú le has dicho eso?!

SANTA

—Sí! Se queó tó asombrao... Lo ví como si fuera á volverse loco de alegría ó loco de dolor, que de las dos cosas te-

nía su cara y, sin responderme ni siquiera una palabrita de cariño, se fué tambaleándose por esa escalera. *(Llora.)*

DOLORES

Pobretica!

SANTA

—Quise llamarlo; pero me ahogó el dolor, se me fué la cabeza... y allí mismo me quedé desvanecía... *(Indicando el lugar.)* ¡No quiso Dios que fuera pa siempre!

DOLORES

—Vamos, tó menos desesperarte!

SANTA

—No desesperarme!... no es pa menos lo que me pasa. El tiempo que vuela... los dos años de rento sin pagar... estas cosas que me cuentas que me acobardan y me atemorizan... el Mayorajo que quiere á toa costa que le responda... y José siempre duro y pesao como

un peñasco!... *(Se siente acogojada y desvanecida.)*

DOLORES

(Sosteniéndola.)—¿Qué tienes?

SANTA

(Muy decaída.)—Na; que se me vá la cabeza.

DOLORES

(Muy cariñosa.)—Pues mira: te recuestas un ratico ahora, y descansas. *(Santa manifiesta con un movimiento de hombros que le es igual y se abandona á Dolores que la conduce al cuarto. Pausa.)*

SANTA

(Deteniéndose con Dolores en el dintel de la puerta y señalando á José que, sombrío, saliendo del corral, se encamina á la cámara.)—Míralo; siempre huyendo de tropezarse conmigo! *(Luégo, resueltamente á Dolores, tomando una rápida de-*

terminación.) Entrá en el cuarto y espérame.

DOLORES

—Ande vas?

SANTA

—Ande he de ir! Ahora vá á decir-melo José; por este mesmo camino se vá á la gloria y al infierno! (*Empujando á Dolores al cuarto y llamando á José; todo precipitadamente.*)

III.

Santa y José.

SANTA

(*Llamándolo decididamente.*)—José!

JOSE

(*Atendiendo y acercándose á ella despacio.*)—Santal...

SANTA

—¿Te acuerdas de lo que te dije anoche?

JOSE

—¿Te acuerdas de lo que te dije yo?

SANTA

—¡Ojalá y no me acordara!

JOSE

—Pues no lo olvides... ¡y olvídamie á mí!

SANTA

—Olvidarte á tí!

JOSE

Sí! Es menester que te acuerdes de tus padres y que seas una buena hija, pa que dos pobres viejecicos, que no han hecho más que bien en este mundo, acaben su vida tranquilos en esta casa y en estas tierras, sin que los mate el ham-

bre, ni los consuma la tristeza, ni los atormente el rento.

SANTA

—Por Dios, José, no me digas eso, que páesco una mala hija. Si yo deseo pa mis padres tó lo que tú deseas... si los quiero con toa mi alma!

JOSÉ

—Entonces no lo pienses más: lo primero, tus padres!

SANTA

—Es que yo me pienso que no hace falta el sacrificio, que no hace falta que se pague el rento con mi cuerpo!...

JOSÉ

—No te lo pienses, no hay remedio alguno; de tal manera estamos acorralaos por la desgracia, que, por ande quiera que echemos, caeremos en ella. Han llovío tantas penas encima de nosotros, que hay riá de penas. Una riá de esas que con ná se atajan, y que, si no

por un lao por otro, se abren camino, arrasando sin compasión, sembrando la muerte, anegándolo tó en el podre de sus aguas!

SANTA

—Pero hay otros caminos, José: pelearemos con tó lo que se presente, en tal de que mis padres no pasen falta; le haremos cara á tó lo que venga; pelearemos como pelean las fieras que se vén acorralás. Pelearemos hasta caer del tó, pero pelearemos; que no es bajando la frente y aguantando sin rechistar, la carga, como el hombre se indulta; pa algo lleva su arrojo y su coraje dentro del pecho! ¿Sabes tú de algún mozo de la huerta que dege que lo mateu sin defenderse?

JOSE

(Herido por la alusión, pero conteniéndose.)—Santa!

SANTA

— ¡Pues hay que morir peleando! Mi-

ra: ¡tó, menos casarme con el Mayorajo, haciendo mi desgracia y la tuya!

JOSÉ

—¿Mi desgracia?

SANTA

(Tratando de arrancarle su secreto.)

—Sí, la tuya! porque tú me quieres... ¿verdá? *(Halagadora, acercándose a él, poniéndole la mano sobre el hombro.)*

JOSÉ

(Trémulo, conteniendo su emoción difícilmente.)—Como el mejor hermano.

SANTA

(Sombriamente, con terrible desesperación.)—Ná más!?

JOSÉ

(Tratando de calmarla.)—Por Dios, Santa!

SANTA

(Exaltada, con penosa impaciencia,

con energía.)—Dímelo!... pero dímelo claro!... sin arrodeos!... que sean tus palabras tu sentir!

JOSÉ

(Rehuyendo contestarle categóricamente.)—Pero si ya te lo he dicho.

SANTA

(Franca y apasionadamente.)—No, así no; de otra manera, pa que me des la vida ó pa que me la quites. ¿Me quieres?

JOSE

(Mintiendo con doloroso esfuerzo y apartándola dulcemente de su lado.)

—Así, no!

SANTA

—No me quiere! *(Con honda amargura, rompiendo en convulsivo llanto; Dolores sale y, recibéndola en sus brazos, hace que entre al cuarto, donde la*

deja, saliendo ella en seguida; José sube á la cámara.)

IV.

Dolores, el tío Antón y la tía Josefa.

DOLORES

(Al tío Antón y á la tía Josefa, que entran en la casa.)—¡Ay, Dios mío! ya están ustés aquí y yo tan tranquila! Puro vinagre voy á encontrarme la masal Vaya, hasta luégo.

LA TIA JOSEFA

(A Dolores, dejando sobre el tinajero un manojo de acergas que traía.)—¿Y Santa?

DOLORES

—En el cuarto. Se ha recostao un poquico, porque se le iba la cabeza. Me marchó á escape. *(Saliedo de la casa.)*

EL TÍO ANTÓN

—Anda con Dios. *(Se sienta cabizbajo y pensativo. La tía Josefa entra al cuarto.)*

V.

El tío Antón, José y la tía Josefa.

(José baja de la cámara con unas cuantas seras al hombro.)

EL TÍO ANTÓN

(A José.)—¿Es que vas á apañarlas?

JOSE

—Sí, señor.

EL TÍO ANTÓN

—¿Hay muchas descosías?

JOSE

—Casi toas.

EL TÍO ANTÓN

—Déjalas y ven pa acá.

JOSÉ

(Deja las seras en el suelo y se acerca al tío Antón con humildad y respeto.)

—Mande usted. *(Pausa.)*

EL TÍO ANTÓN

(Con paternal cariño.)—Vamos á ver, José: quiero que me respondas con toa franqueza y sin cuidao de ninguna clase, á lo que te voy á preguntar.

JOSÉ

—Diga usted. *(La tía Josefa sale del cuarto y se aproxima, quedando de pie á la derecha del tío Antón; José á la izquierda.)*

EL TÍO ANTÓN

(A José, mirándolo fijamente.)—¿Hay algo entre Santa y tú?

JOSE

(Como quien no comprende.)—Entre Santa y yo...

EL TÍO ANTÓN

—Sí; si estais en relaciones; vamos, si sois novios, si los quereis.

JOSÉ

(Con poca energía y moviendo la cabeza lenta y negativamente.)—No, señor. *(Se vé en su rostro la lucha interior entre su agradecimiento que le manda mentir y su manera de ser franca y noble, que repugna la mentira.)*

EL TÍO ANTÓN

—La tía Josefa y yo hubiéramos jurao que sí.

JOSÉ

(Con más resolución.)—No, señor.

LA TIA JOSEFA

(También muy cariñosa.)—Las ma-

nos hubiera yo puesto en la lumbre, hijo mío.

JOSE

—No hay ná de eso; no, señora.

EL TÍO ANTÓN

(*A José.*)—¿Y qué me dices, entonces, de ese rún rún que corre por la huerta?

JOSE

(*Con algún enojo.*)—Que son hablaurías y na más que hablaurías de esa envidiosa de María Jesús.

EL TÍO ANTÓN

—Tén en cuenta que nuestro mayor gusto hubiera sío verte casao con Santa.

JOSE

—Pues no, señor; no hay ná.

LA TÍA JOSEFA

—Vamos á ver, José: y si no hay ná ¿por qué está ella mala? por qué llora á

escondías? Mira, no te engañes: si los quereis, dilo con franqueza y no te dé cortedá por ninguna cosa.

EL TÍO ANTÓN

—Qué te apura? ¿que se puede incomodar el Mayorajo? Pues que se incomode! ¿Que nos echa de las tierras? Pues que nos eche! (*José no habla; pero mueve la cabeza protestando.*)

LA TIA JOSEFA

—Si es por eso, no te dé cuidao ninguno decirlo; tendremos pacencia; será lo que Dios quiera.

JOSE

—Pero si no hay ná ¿qué les voy á decir á ustés?

EL TÍO ANTÓN

(*Con grave benevolencia.*)—Mira, que serías un desagradecío si pagaras nuestra buena voluntá con un desprecio.

JOSE

—Desagradecío!... Desagradecío yo?!

EL TIO ANTÓN

—Ya comprenderás lo que te quiero decir.

LA TÍA JOSEFA

—Nuestra intención... ya ves; te tenemos como un hijo y quisiéramos que lo fueras másavía.

JOSE

(*Agobiado por tanta bondad.*)—Si ustedes no se pueden imaginar cuánto lo agradezco... pero ya lo saben ustedes: entre Santa y yo, no hay ná.

EL TÍO ANTÓN

—Si tú lo dices...

LA TÍA JOSEFA

(*Sin convencerse.*) ¿Pero, por qué llora ella? ¿por qué está mala desde que el Mayorajo le ha pedío compromiso?

JOSE

—Será de tristeza, por tener que se-

pararse de ustés tan pronto. Como ese quiere casarse en seguía...

EL TÍO ANTÓN

(*Con noble confianza.*)—Puede ser.

LA TÍA JOSEFA

—Y entonces... aquellas cosas de zagales?...

JOSE

—Eso: cosas de zagales, ya pasás y olvidás.

EL TÍO ANTON

—Oye, José: ¿y no te daría rabia ver á Santa casá con el Mayorajo?

JOSÉ

(*Sin poder contenerse.*)—Sí! Sí, señor!

LA TIA JOSEFA

(*Como entendiendo que se contradice.*)
—Entonces...

JOSE

(*Queriendo enmendar su espontaneidad.*)—Digo que sí... porque más que á la persona, veo en él al rento... pero por otro lao...

EL TIO ANTÓN

—Qué?

JOSÉ

(*Pausadamente.*)—Que mirando más despacio la cosa, no me páece mal ese casamiento; y, si fuera por mí...

LA TÍA JOSEFA

(*Impaciente.*)—Dí lo que sea.

JOSÉ

—Que antes se haría ahora, que luégo.

EL TÍO ANTÓN

—¿Por qué?

JOSÉ

—Porque ustés están ya muy casca-

rraos... y su vejés se aseguraba de este modo.

LA TIA JOSEFA

—¡Vamos, hijo, quieres callar?

EL TIO ANTÓN

—Por convenencia? ni siquiera pensarlo!

LA TIA JOSEFA

—Nosotros, con un piazó de pan y un rincón junto á la lumbre, tenemos bastante. ¡Pa lo que hemos de vivir!

JOSÉ

(*Con triste convicción.*)—Un piazó de pan... cuando lo haya! Un rincón junto á la lumbre... cuando haya rincón y haya lumbre!...

EL TIO ANTÓN

—Pues pase lo que pase, por miras de interés no ha de hacerse esa boda.

LA TÍA JOSEFA

—Por miras de interés, nunca!

JOSÉ

—Se hará por gusto de Santa.

EL TÍO ANTÓN

—Por gusto de Santa?... me pácece que no tiene mucho.

LA TIA JOSEFA

—Ni mucho... ni poco.

JOSÉ

—Puede que se engañen ustés. Lo que es que ella no es de esas mozas arrebatás que están deseando que les digan algo, pa decir en segufa que sí.

EL TÍO ANTÓN

—Aseguraría que las señales no son de querer ella al Mayorajo.

LA TÍA JOSEFA

—Y yo también.

JOSÉ

—Tampoco son de que lo desprecie.

VI.

El tío Antón, la tía Josefa, Santa y José.

EL TIO ANTON

(Indicando á Santa que sale del cuarto.)—Mira, pronto vamos á saberlo.

LA TIA JOSEFA

(A Santa.)—¿Por qué te levantas?

SANTA

(Con abatimiento.)—Porque echá me vuelvo loca.

EL TÍO ANTÓN

—Entonces no te echas; puede que levantá te se espavorice la cabeza, (Pausa.) Y ya que estamos tós juntos y sin ningún extraño, hablaremos sin arrodéos

ni retintines. Cuando has salío, estábamos hablando tocante á lo de haberte pedío relaciones el Mayorajo.

JOSÉ

(*A Santa con honda amargura y algo de precipitación, sin mirarla francamente.*)—Y yo decía que es muy buena proporción, porque saldrían tus padres de apuros, se aseguraría su vejes y, con tal casamiento, harías tú la felicidad de tós.

SANTA

(*Sin alientos, muerta de dolor, sin atreverse á protestar.*)—Sí...

EL TÍO ANTÓN

—Pero no; por nosotros, no. Tu gusto y na más que tu gusto. (*A Santa.*)

LA TIA JOSEFA

—Eso, hija mía, tu gusto.

JOSÉ

—Claro está que sí! ¿Pero qué más gusto que hacer á ustés felices?

SANTA

(*Queriendo recobrase.*)—Quiero decir... que sí... que tó eso es cierto... pero la verdá es...

LA TIA JOSEFA

(*Cuidadosa.*)—¿Qué, hija, qué?

EL TÍO ANTÓN

(*Animándola.*)—Dí lo que sea, sin temor alguno.

SANTA

—Pues queavía no lo he pensao del tó... que estoy tan á gusto así con ustés... (*Mira á José con expresión cariñosa y suplicante, llena de ansiedad.*)

LA TIA JOSEFA

—Es que por eso no te has de apurar.

EL TIO ANTÓN

—Cál ná de apurarte! Haces lo que te páesca mejor, y ná más, que pa tu daño ó tu provecho ha de ser. Por nosotros no, hija mía. Si no es tu sentir, no te cases con el Mayorajo, que dos viejos como nosotros, no merecen el que te sacrifiques tú que comienzas á vivir ahora.

SANTA

(*Desconcertada.*)—¡Pero, Dios mío, si yo no quiero decir eso; si yo por us-tés daría mil vidas que mi cuerpo tuviera!

LA TIA JOSEFA

¡Jesús qué tonta! Si eso ya lo sabemos.

EL TIO ANTON

—Por sabío, se calla.

JOSÉ

—Lo que no hagas tú por ellos, siendo su hija, quién lo vá á hacer?

EL TIO ANTON

—Pero si lo que te queremos decir, es que ahora se trata de tí na más. (*Luégo á José y á la tia Josefa.*) ¿No es eso?

LA TIA JOSEFA

—Eso.

EL TIO ANTON

(*A Santa.*)—¿Sabes?

SANTA

(*Maquinalmente.*)—Sí.

EL TIO ANTON

—Y sea lo que Dios quiera. Puramente lo que sienta tu corazón.

SANTA

—Sí, señor, sí! (*Con amarga ironía.*)
Lo que sienta mi corazón.

JOSÉ

(*A Santa.*)—Ná como tu corazón

puede guiarte y decirte el camino. (*Santa lo mira con expresión de triste reproche.*)

VII.

El tío Antón, la tía Josefa, Santa, José
y Dolores.

DOLORES

(*Entrando muy ligera.*)—Que venía por las maseras de usted, tía Josefa.

LA TIA JOSEFA

—Tómalas. Ahí están en la despensica.

DOLORES

(*A Santa, acercándose con cariñoso interés.*)—Te se ha pasao eso?

SANTA

—No; las sienes se me saltan.

DOLORES

(*Reservadamente.*)—Con la excusa de las maseras, he venío á decirte que el Mayorajo está ahí mesmico.

SANTA

(*Abrumada.*)—¿Ande?

DOLORES

—Ahí: viene pa acá.

SANTA

—Dios mío, qué va á ser de mí?
(*Consternada.*)

DOLORES

—Me voy. Anímate, mujer. Apáñate esa cara y disimula. (*Entra á la despensa. Santa se limpia los ojos. Dolores marchándose con las maseras.*) Me las llevo, tía Josefa.

LA TIA JOSEFA

—Bueno.

VIII.

El tío Antón, José, la tía Josefa, Santa
y Andrés.

ANDRES

(*Entrando en la casa un tanto ceñudo y algo poseído de su valer.*)—Dios guarde.

EL TIO ANTON

—Y á tí también. ¿Ande se vá? (*Sentado como estaba y volviéndose hacia el Mayorajo.*)

ANDRES

—¿Ande hemos de ir? á renegar!
(*Coge una silla y se sienta en medio de la casa. Viene sin manta. Vá compuesto como mozo bien acomodado y con pretensiones de echarse novia. Contrasta con el humilde atavío de José, el buen tra-*

je de lana del Mayorajo, la blanca camisa planchada, los alpargates de lona nuevos, la reluciente cadena de plata y el flamante sombrero echado atrás, dejando ver un tufo peinado sobre la frente y su cara saludable, un tanto atezada y afeitada cuidadosamente.)

EL TIO ANTON

—¿Cómo á renegar, hombre? (*Haciendo por estar amable.*)

ANDRES

—Así como se dice.

(*Guardan los demás un embarazoso silencio. El Mayorajo, mirando al suelo, hace rayas en él con una varita que trae en la mano, y sigue hablando en esta disposición dejando caer las palabras pesadamente. Santa se pone á su labor de costura, al centro, frente á la puerta del corral; José á componer las seras, al pie de la escalera, sirviéndose de una faca que lleva consigo; durante la tarea, deja la faca en el suelo sobre el que brilla su ancha y reluciente hoja afilada. La tía*

Josefa aviva la lumbre del hogar y prueba el guiso de la olla con una cuchara, al mismo tiempo que observa al Mayorajo y pone atención á lo que dice, con la malicia peculiar de los huertanos, aun en los más sencillos. Andrés continúa:) En cuanti que salgo á ver si recojo alguna cosa de lo mucho que me deben, ya sé que, en ves de dinero, no he de recoger más que pesáombres.

EL TIO ANTON

—Tén pacencia, Andrés: los que no te pagan, bastante sentirán no poder cumplir. Mala señal será pa ellos el tener que faltarte.

ANDRÉS

—Demasiá pacencia tengo, tío Antón; *(recalcando la frase)* pero es que ya no hay quien aguante lo que yo aguanto... y no se puede ser bueno porque abusan... y al que se le dá una chispa así de confianza *(señalando un poco del dedo)* se toma en seguía el pié y la

mano... y pasa la trilla... y pasa la cosecha del pimentón... y pasa la naranja... y ná! «Si te he visto, no me acuerdo.» Ni el rento, ni los terrajes... ni siquiera los buenos días, porque tó se les vuelve ir huyendo el bulto y echar por otra senda, pa no tropezar con el que no les pide na más que lo que es muy justo y muy santo que paguen.

EL TIO ANTON

—Pero haste cargo de que los años son rematadamente malos y que nadie cuenta otra cosa que desgracias y apuros. Las riás y mil calamidaes de tós estilos están dejando asolá la huerta, y no sé qué va á ser de tanto pobre, si Dios no pone remedio. *(Con humildad y vergüenza.)*

ANDRES

—Tó eso está muy bien; *(luégo, con ironía y mirando á Santa y José)* pero es que no falta quien se la quiere dar á uno de primo... y yo, si algunos no se enderezan y cumplen como es debío, me

dejaré de contemplaciones y comenzaré á echar gente de las tierras y á cobrarme los atrasos en tó lo que pille... aunque sea la camisa que lleven! Pa que no me paguen, más cuenta me tiene llevar yo solo el manejo de toas mis tierras!

EL TIO ANTON

(Con altivez no exenta de humildad.)

—Hombre, yo soy uno de los que te deben; pero ya sabes que no te echo en olvido ni que echo tampoco por otra senda pa no tropezarte. No te pago hoy, porque no puedo.

ANDRES

—Ya lo sé, tío Antón... Con usted no vá ná.. Pa otros guardo yo mi interés y mi rabia. *(Volviendo á mirar á Santa y José con intención. Pausa. Andrés raya el suelo con su vara y mira fijamente á Santa que no alza los ojos de su labor. José recoge las seras apañadas y sube á la cámara con ellas. La tía Josefa entra y sale en la despensa y en el cuarto, ocupada en las faenas de la casa.)*

EL TIO ANTÓN

(Levantándose.)— Pues, con tu permiso, voy á dar una vuelta por el soto.

ANDRES

—Usted es muy dueño. *(El tío Antón se marcha.)*

VIII.

Santa, Andrés y la tía Josefa.

(Andrés coge su silla y vá á sentarse junto á Santa. La tía Josefa, alejada de ellos, los observa de vez en cuando sin enterarse de la conversación.)

ANDRÉS

(Aparte y sordamente á Santa que lo escucha sin alzar los ojos.) Oye, Santa: acabo de convencerme de que te he pedido compromiso pa dar lugar á que me lleven en lenguas y pa que toa la huerta se ría de mí. *(Ella lo mira un mo-*